

Prólogo

Con la pregunta “¿qué sabemos de la evolución del género *Homo*?” finalizábamos *Los primeros homínidos. Paleontología humana*, libro publicado en esta misma colección. Y con esta pregunta comenzamos este nuevo texto en el que abordamos la gran documentación paleontológica y los complejos problemas biológicos asociados al origen y diversificación de las distintas especies humanas que actualmente clasificamos en el género *Homo*.

Hasta muy recientemente, “ser humano” significaba pertenecer a nuestra especie *Homo sapiens*. Otras formas similares, más antiguas y arcaicas, tales como *Homo erectus* o los neandertales, aun siendo incluidas en el género *Homo*, eran vistas con cierta distancia y carentes de los atributos básicos, que de forma explícita o simplemente asumidos, asociábamos al concepto de humano. La evolución humana se percibía —y aún hoy muchos la siguen asumiendo— como una secuencia lineal y ascendente de especies. Así, inspirados en una larga tradición en biología comparada, los cambios evolutivos en el género *Homo* se entendían como un proceso anagenético (unilineal) en tres fases sucesivas. La condición más primitiva del género la definía la especie *Homo habilis*, de

cara muy prominente y cerebro aún reducido ($\approx 700 \text{ cm}^3$ de volumen encefálico). La fase intermedia venía definida por *Homo erectus*, caracterizada por un mayor encéfalo ($\approx 1.000 \text{ cm}^3$) y una amplia distribución geográfica. Y, finalmente, en la fase final aparecería la especie actual, *Homo sapiens*, con un gran volumen encefálico ($\approx 1.400 \text{ cm}^3$), una cara muy reducida y una sofisticada cultura material. ¡Para algunos el zénit de la evolución!

Hoy en día la situación es algo más compleja y la respuesta a la pregunta ¿qué significa ser humano? ya no resulta tan inmediata. El avance de la ciencia ha puesto de nuevo en entredicho conceptos que teníamos casi por absolutos. Hoy sabemos que hace apenas 100.000 años coexistieron en el planeta Tierra al menos cinco linajes (especies) humanos, cada uno con su acervo cultural propio. Durante algún tiempo, los humanos anatómicamente modernos (nosotros: *H. sapiens*) habitábamos el África subsahariana; los neandertales (*H. neanderthalensis*), centrados en Europa, poblaban el extremo occidental de Eurasia; los pequeños *H. floresiensis*, cuyo cuerpo conserva reminiscencias muy arcaicas, vivían en la isla de Flores (Indonesia); las últimas poblaciones de *H. erectus* perduraban en la isla de Java y quizá también en el continente asiático; y un nuevo linaje humano —los llamados “denisovanos”—, descubierto recientemente en las cuevas de Denisova (Siberia) e identificado a partir de su ADN fósil, habitó extensas áreas de Asia. En resumen, nada menos que cinco linajes humanos coexistiendo, cuya simple enumeración detrae un buen pedazo de arrogancia a nuestro ego de “especie elegida”.

¿Cómo impacta sobre la noción de humanidad el hecho de haber existido diferentes especies humanas? ¿Qué significado puede tener este hecho sobre la comprensión de nuestra naturaleza? En buena medida, creo que carecemos de los conceptos formales que nos permitan pensar con solidez en este asunto. Nos enfrentamos colectivamente al reto de articular

un nuevo discurso antropológico basado en el conocimiento empírico y serio de la paleontología humana.

Pero, además, la definición de lo humano encuentra nuevas dificultades. Actualmente existe un interesante debate en torno a la identificación del origen del género *Homo* y de quiénes fueron sus primeros representantes. Así, mientras algunos especialistas retrasan hasta los 2,8 millones de años (ma) las primeras evidencias de *Homo*, para otros, entre los que me incluyo, la especie basal del género, la denominada *H. habilis*, debería ser excluida del género, cuyo origen sería mucho más reciente. En paralelo, la producción de herramientas ha sido, desde que fuera propuesta por Darwin, uno de los rasgos más sintomáticos y esenciales de lo humano. Hoy conocemos herramientas, así como las marcas de su uso dejadas sobre los restos de animales, encontradas en yacimientos con antigüedades que rondan los 3,3 ma y que se remontan a tiempos muy anteriores al origen de *Homo*. Obviamente, otras criaturas fueron los artífices de estos utensilios, que asociamos con alguna especie de *Australopithecus*. Por toscos que puedan ser esos utensilios son, *de facto*, herramientas concebidas y elaboradas por homínidos no humanos. Como vemos, la situación es apasionantemente compleja y merece la pena detenerse a indagar en este capital asunto.

Por lo común, la noción clásica de humanidad —conjunto de todos los seres humanos actuales y la manifestación de sus capacidades— encierra el carácter de “ser única”. De forma implícita se admite que humanidad solo hay una. Visto desde el presente, por muy dispares que pudieran parecer los grupos raciales o sus etnias, hoy reconocemos en todos ellos una comunidad de rasgos y cualidades que los agrupan bajo una misma entidad que llamamos *H. sapiens*. Frente a concepciones racistas, admitimos que todos los seres humanos tenemos un mismo estatus evolutivo y jurídico. Sin embargo, venimos de nombrar cinco linajes humanos diferentes. ¿Debemos acaso hablar de cinco humanidades diferentes?

Ante la pregunta de qué es el hombre, la ciencia nos pone hoy frente a una cuestión previa: ¿de qué hombre hablamos? ¿Hablamos de los humanos anatómicamente modernos: *H. sapiens*? ¿Nos referimos a *H. floresiensis*? ¿O acaso hablamos de los neandertales? Nuestra humanidad “sapiens”, siendo heterogénea en sí misma, podría ser solo un subconjunto de lo potencialmente humano.

Propongo al lector una reflexión conjunta, no necesariamente siempre explícita, sobre la base de los datos que nos aporta el registro paleoantropológico y los debates que este va suscitando. Avancemos en un terreno poco explorado y juntos delimitemos con mayor amplitud y claridad lo que significa ser humano. No aspiro a que al final de este libro lleguemos a una solución universal de algo reconocidamente complicado. Pero sí a terminar con un concepto más amplio y fundado, incorporando elementos de diversidad que solo la paleontología puede aportar gracias a su profunda dimensión temporal. Para responder a estas cuestiones daremos un repaso al registro fósil y nos preguntamos qué es y cómo evoluciona el género *Homo*. Por definición, el género humano.